

# **PRODUCCIÓN DISCURSIVA Y PROBLEMAS SOCIALES**

## **El ejemplo de la construcción social del problema del consumo de pasta base**

JUAN SANDOVAL MOYA\*

### **INTRODUCCIÓN**

LOS PROBLEMAS SOCIALES son una fuente de debate permanente en nuestra sociedad moderna al expresar múltiples conflictos de orden social y cultural, aún no resueltos en el seno de nuestra comunidad nacional.

La discusión en torno a problemas como el consumo excesivo de drogas, la delincuencia juvenil o la violencia urbana actualizan en nuestra época el debate por las bases éticas y jurídicas por las cuales la sociedad va ha diferenciar lo que es legítimo de lo ilegítimo, lo bueno de lo malo y lo sano de lo desviado; y a través de esto, el cómo se garantizará la heterogeneidad cultural propia de un país en modernización como el nuestro.

El presente artículo se propone inicialmente desarrollar una lectura teórica del proceso de construcción de los problemas sociales, para posteriormente desarrollar un análisis crítico del fenómeno del consumo de pasta base en nuestro país, asumiendo que a través de la develación de los componentes históricos que influyen estos procesos sociales, se aporta a un debate en el cual se revalore la diversidad cultural sobre la estigmatización como una forma de promoción de la salud y la calidad de vida.

La tesis básica es que el proceso de construcción de problemas sociales es de carácter simbólico e involucra la interacción de categorías propias de una psicología social ligada a los sujetos y los discursos sociales, las cuales pretenden dar cuenta de los procesos de subjetivación e historicidad que en todas las comunidades humanas intervienen a través de la producción de discursos en la definición, priorización y caracterización de lo que definen en una época como problemas sociales.

### **SOBRE LA MIRADA TEÓRICA**

La primera consideración teórica que se debe hacer a este respecto, es que la relación entre los sujetos y los fenómenos sociales definidos como problemas, está mediada por dos tipos de procesos, uno de origen socio-cognitivo en donde se destacan las creencias, las percepciones, la memoria colectiva y las imágenes comunicacionales; y otros de origen socio-cultural tales como las identidades locales, las definiciones ideológicas y los criterios morales. Todo este conjunto de saberes portados por el sentido común, se constituyen en la base a partir de la cual se desarrolla un proceso de categorización social que les permite a los sujetos definir, ordenar y clasificar el fenómeno social representado, y a partir de esto definir un tipo particular de relación con él. El presente artículo, propone las categorías de historicidad y subjetividad como una forma de organizar el análisis de este complejo proceso de significación de los problemas sociales.

El concepto de historicidad apunta al proceso por el cual un conjunto de hechos culturales van modificando el tipo de representación que los sujetos elaboran de determinados problemas sociales a través del tiempo. En este sentido, Montero (1994) plantea que la historia social de los pueblos latinoamericanos es determinante en el proceso de construcción de sus identidades sociales, de modo tal que la priorización de problemas que realiza la racionalidad moderna, plantean un tipo particular de construcción de sujeto y un tipo de intervención social orientada desde las claves del déficit, la desintegración social y la improductividad.

El discurso de la Modernidad ha tendido a la construcción de nuevas categorías de identidad, desde las cuales han emergido sujetos reconstruidos desde la disolución, en la sociedad de mercado, de los antiguos actores colectivos: profesionales, estudiantes, obreros y campesinos (Bengoa, 1995). Se

---

\* Psicólogo. Profesor del Área de Psicología Social, Universidad de Valparaíso.

produce desde aquí, una descolectivización de los actores de los antiguos movimientos sociales, a través de la individualización de los fenómenos y la creencia socialmente compartida de que la responsabilidad de los problemas modernos reside en sus mismos protagonistas.<sup>1</sup>

Estos procesos de modernización han llevado a una modificación de la percepción de la vida cotidiana que viven estos nuevos sujetos sociales al emerger los graves contrastes de clase social, como un corte que atraviesa la vida moderna hasta en sus rutinas más minúsculas.<sup>2</sup> Desde esta nueva racionalidad, se han redefinido problemas y prioridades, la familia nuclear y la escolarización masiva hace altamente disfuncional el embarazo adolescente, la extensión de la competencia como valor social refuerza una noción de la pobreza como cultura hermética e impenetrable, la necesidad post-dictatorial de un nuevo «enemigo interno» lleva a la sociedad a reconstruir a los dañados por el modelo de desarrollo como una amenaza de la estabilidad democrática, y la masificación de un discurso de homogeneización cultural destaca como antisocial las expresiones contraculturales de los jóvenes de los noventa; éstos y otros muchos problemas modernos al ser leídos desde sus componentes de historicidad nos dan luces sobre los procesos sociales que están a la base de su definición como problemas.

Es posible entender que la relatividad histórica de las distintas prácticas de construcción del saber que desarrolla una determinada comunidad, está a la base de la definición de lo que es y no es un problema en una determinada época.

Un claro ejemplo de la influencia de la historicidad en la definición de los problemas sociales es el proceso de construcción social de la «locura» (Foucault, 1964) la cual existe como un elemento marginal en las sociedades previas a la época clásica, que no se integra ni se excluye socialmente, y que emerge como el portador de la sin razón a partir de determinadas prácticas de poder relacionadas con el desarrollo de la ciencia médico-psiquiátrica. Es sin embargo, el mismo discurso científico el que reconstruye a la «locura» como una nueva forma de problema social, a saber: el de la enfermedad mental. La psicofarmacología nos planteó el tema de la reducción de la locura a través del control biológico del delirio, y el psicoanálisis nos plantea que la «locura» tiene sentido al margen de la racionalidad al portar significado en sí mismo. Esta nueva categoría de definición del problema de la «locura», se relaciona con el asentamiento de una nueva institucionalidad y con la legitimación de una práctica de salud, educación y control social como exclusiva de un grupo y un discurso formal.

De este modo, los problemas sociales quedan definidos por las dinámicas de los distintos grupos de poder, legitimadas a través de sus formas de producción del saber de una época. Es así como emerge el conocimiento como una herramienta de producción de subjetividad, que a través de su incorporación en la corporalidad, en el discurso y en las prácticas cotidianas de los sujetos se constituye en el más poderosos método de reproducción social.

Al hablar de subjetividad en el tema de los problemas sociales nos referimos a la estructura de sentidos que adquieren los distintos fenómenos sociales en la comunicación y el sentido común.<sup>3</sup> Corresponde al espacio simbólico que se genera con la acción y la comunicación, creando y consumiendo símbolos y significados a través de la interpretación interpersonal. La subjetividad se expresa a través de los códigos de la sociedad, las simbólicas de las comunidades que la constituyen y el relato de los sujetos que la viven; y expresa el sentido a través del cual se entiende, valora y experimenta la vida cotidiana.

A este respecto, Foucault (1988) plantea que los seres humanos estamos construidos en el lenguaje y definidos por nuestra capacidad de producir significados en un espacio social compartido,

---

1 Al respecto es posible encontrar un análisis de este proceso de descolectivización aplicado al fenómeno de la pobreza en la investigación de Contreras, Corrales y Sandoval (1996).

2 Al respecto M. Hopenhayn (1994) describe los efectos de precariedad y provisoriedad como signos de las contradicciones más profundas de la modernización en Latinoamérica, los que producen efectos «esquizofrénicos» en la producción de subjetividad de los distintos grupos sociales.

3 El tema de la subjetividad es un problema teórico ampliamente tratado en la literatura de las ciencias sociales, sin embargo es un concepto que abre una amplia polémica en su interpretación más exacta, siendo el principal debate contemporáneo la relación exacta entre subjetividad y lenguaje y las implicancias de ésta en los procesos sociales más estructurales. Al respecto se destacan como referencias del tema: P. Berger y T. Luckman (1968), G. H. Mead (1962) y A. Schutz (1974).

descrito por la teoría social como el sentido común. Este espacio da cuenta del conjunto de imágenes y esquemas contenidos por la memoria histórica de una cultura que los sujetos actualizan permanentemente en las interacciones cotidianas, es la matriz en la que las cosas reciben nombres, los individuos son clasificados en categorías y los hechos clasificados en buenos o malos, es un saber almacenado en el lenguaje, el espíritu y el cuerpo de los miembros de la sociedad (Schutz, 1974; Moscovici & Hewstone, 1986).

El concepto de subjetividad introduce la necesidad de superar la visión diádica en la comprensión de los problemas sociales al introducir el componente de sentido como un tercer elemento que media la relación entre el sujeto y el objeto.<sup>4</sup> Siguiendo a Moscovici (1984), se puede entender que al definir un problema social, se está estableciendo una relación entre un sujeto que clasifica a un fenómeno socialmente significativo como problema, a través de la mediación de un alter de carácter simbólico, que le introduce una interpretación a ese proceso supuestamente objetivo, cuestionando el carácter fáctico del sujeto y el objeto, al introducir un componente simbólico en los tres elementos de la relación.

De este modo, se produce en esta triádica simbólica un tipo particular de experiencia de interacción humana, caracterizada por la sensación subjetiva de que la realidad pareciera no ser igual para los distintos sujetos que interactúan en ella. Los históricos conflictos inter-generacionales por definir si determinadas conductas juveniles son o no un problema en distintas épocas, son un claro ejemplo de este tipo de interacciones, en donde parecen ser permanentes las quejas del mundo adulto en torno a que los jóvenes no ven las cosas como ellos las veían. Es cierto que las nuevas generaciones no ven las cosas de la misma forma que antes, pero esto es porque ni las cosas ni los ojos que las miran, son ya los mismos. Es decir, no es que la misma realidad objetiva sea vista de distintas maneras por diversos actores sociales, sino que más bien la realidad es producto de un proceso subjetivo de construcción social (Berger y Luckmann, 1968).

De este modo, el tema de la subjetividad y la historicidad dan cuenta ante todo del carácter dinámico que tiene el proceso de definición de los problemas sociales y nos plantea el reconocer cómo se organizan estos componentes subjetivos a través de la historia social. El presente artículo plantea que son los discursos sociales los encargados de introducir estructuralmente en la comunicación social los componentes de historicidad y subjetividad, transformándose en elementos definitorios en los debates modernos de definición de los problemas sociales y morales.

Los discursos sociales son un conjunto de prácticas lingüísticas que tienden a mantener y/o promover ciertas relaciones sociales (Iñiguez & Antaki, 1994). Son estructuras de sentido que plantean cursos de acción, en tanto expresan compromisos comunicacionales hacia la práctica, al ser ante todo componentes pragmáticos de la comunicación social. En nuestra época los discursos se han transformado en los portadores, censuradores y socializadores del conocimiento general sobre lo que la sociedad está definiendo socialmente como problemático.

De esta manera, el control de las condiciones de producción de los discursos sociales aparece como definitorios en el acceso de determinados grupos sociales a la posibilidad de participar en el debate de definición de los fenómenos problemáticos.

Foucault (1970) plantea al respecto, la hipótesis de que en toda la sociedad moderna la producción del conocimiento está a la vez controlada, seleccionada y distribuida por un cierto número de procedimiento de exclusión social, fundamentados en tres formas básicas de control de la producción del discurso.

En primer término, identifica la categoría de lo «prohibido», como idea genérica de la existencia de una compleja malla de exclusión temática que establece ámbitos de la realidad sobre los cuales no

---

4 La terciaridad es un concepto aportado por Ch. Peirce (1986) en la «Ciencia de la semiótica» y da cuenta del sentido en el que un código socialmente significativo para una comunidad adquiere significado. De este modo, el signo al ser transformado en una simbólica a través de su contextualización discursiva, permite entender el rol que ocupa en las relaciones sociales de dicha comunidad. En nuestro caso el discurso sobre los problemas sociales debe ser analizado en sus componentes de historicidad y subjetividad, con tal de comprender a través de este sentido contextualizador su significado en la sociedad de los años 90.

puede hablar cualquiera, siendo los espacios de mayor exclusividad el de la política y el de la sexualidad.

En segundo lugar, plantea la separación entre lo normal y lo anormal como principio de exclusión discursivo, desde el cual no se establecen ámbitos temáticos de prohibición social, sino que se centra la segregación en el establecimiento de rasgos o características personales que inhabilitarían a determinados sujetos para producir discurso en torno a los problemas sociales.

El tercer principio de control en la producción del discurso refiere a la voluntad de verdad y establece como elemento fundamental de la exclusión el establecimiento de verosimilitudes ahistóricas, capaces de imponerse en todos los contextos sociales. Da cuenta del establecimiento de discursos sociales incuestionables, que se fundamentan en la existencia de un tipo de conocimiento que trasciende al acto de enunciación que lo genera y que fundamenta su veracidad en el sentido mismo de su enunciado,<sup>5</sup> el discurso es verdad porque comunicacionalmente se define como verdadero.

Desde esta racionalidad los discursos sociales aparecen cargados de mecanismos de control y producción de la subjetividad, definitorios de lo que es verdadero, de lo que es posible de conocer y de los sujetos que son capaces de participar en este proceso social, emergiendo la descontextualización de la historicidad propia del discurso planteado como verdad.

Cuando se analiza el debate nacional en torno a los problemas modernos es posible identificar cómo los mecanismo de control del discurso operan en la definición y priorización subjetiva de los problemas sociales. En este sentido, es evidente como operan múltiples mecanismos de «prohibición» en la discusión de temáticas como el modelo de desarrollo y la superación de la pobreza en nuestro país, exclusividad fundamentada en la posesión de un tipo especial de saber en los «técnicos», que al no estar presente en el resto de la comunidad, se les margina de su posibilidad de participar seriamente en la discusión de iniciativas autogestionadas ante el tema.

Así también, es posible identificar como operan mecanismo de separación entre «normales y anormales» en la discusión de nuestros problemas actuales, siendo la conversación social en torno a los problemas de los jóvenes uno de los mejores ejemplos. Al respecto, la sociedad chilena ha desarrollado un discurso de protección, inserción e integración de los jóvenes a la sociedad moderna, desarrollando múltiples iniciativas institucionales (programas de asistencia infanto-juveniles, programas de capacitación y empleo, programas de prevención de alcohol y drogas, etc.) con tal de obtener estos objetivos, sin embargo estos discursos se han constituidos en un separador entre sujetos habilitados y no habilitados, traduciéndose en la descalificación de los propios jóvenes al definirlos como sujetos en déficit que aparecen como incapaces de definir su futuro y que requieren de otros para identificar a qué tipo de proyecto social integrar sus proyectos personales. Es en este contexto, que los discursos sociales emergen como elementos explicativos en la construcción simbólica de los problemas sociales, al ser los contenidos subjetivos de la cultura una fuente vital para la comprensión del proceso histórico de perpetuación de determinadas relaciones sociales.

En este contexto, los problemas sociales emergen en el ámbito subjetivo de la comunicación social, a partir de la constitución de una ecología de significados que lo definen como tal, y que a diferencia de los planteamientos biológico-sistémicos, no emergen se configuran desde un teórico del consenso comunicacional, sino que emergen de una lucha de poder que se expresa en el nivel de la subjetividad.<sup>6</sup>

---

5 Según Foucault el discurso verdadero está ligado históricamente a quien lo pronunciaba y al contexto ritual de su enunciación. La Modernidad, sin embargo, plantea la construcción de las verdades superiores de nuestra época, ya no a través de lo que era o lo que hace socialmente el discurso, sino que sólo a través de lo que dice, obviando la dimensión del sentido y centrándose exclusivamente en el significado ...«llegó un día en que la verdad se desplazó del acto ritualizado, eficaz y justo de enunciación, hacia el enunciado mismo» (Foucault, 1970, p. 16).

6 La explicación propuesta en este artículo se liga al referente del construccionismo, el que se diferencia de las versiones ampliamente difundidas en Chile del constructivismo. Ambas visiones comparten el precepto de que la «realidad es construida», sin embargo el construccionismo incorpora en su explicación del proceso de construcción de la realidad la variable histórica de los microgrupos, relacionando su explicación al tema del poder y las estructuras sociales. Entre los principales exponentes del constructivismo cibernético está H. Maturana y H. von Foerster, mientras que entre los principales exponentes del construccionismo está T. Ibañez, K. Gergen e I. Parker.

Así, los procesos de problematización propios de nuestra cultura se corresponden con prácticas y lógicas de origen social, que responden a situaciones estructurales, condiciones geopolíticas, procesos comunicacionales y creencias morales, las cuales se organizan en torno a grandes troncos discursivos que definen en términos históricos la construcción social de los fenómenos que son comprendidos como problemas.

## **SOBRE EL EJEMPLO DEL PROBLEMA DE LA PASTA BASE**

Desde los primeros años de la transición política, se ha iniciado en nuestro país una construcción comunicacional de la droga como un problema de preocupación de la opinión pública nacional, fundamentándose en un conjunto de estudios epidemiológicos que muestran un crecimiento significativo del consumo.

Sin embargo, vale la pena señalar, que en Chile se ha consumido masivamente marihuana durante los últimos 25 años en los distintos grupos de jóvenes sin constituirse en un objeto de producción discursiva en la comunicación social. Sin embargo, a partir de los últimos cinco años ha empezado a representar un hito comunicacional de gran envergadura a partir de la irrupción en el espacio público de la pasta base de cocaína.

La irrupción de la pasta base en Chile está asociada a múltiples factores de orden económico, cultural y psicosocial. Desde un punto de vista económico, lo que ocurre es que cuando se producen el conjunto de políticas para restringir y penalizar indiscriminadamente el consumo de marihuana, se produjo en el país un encarecimiento del precio de la *cannabis* lo cual facilitó la entrada de la pasta base en sectores masivos de la población. Primero la marihuana escasea y es cara, segundo la pasta base abunda y tiende a ser cada vez más barata. Eso pasa a significar la entrada de una droga que produce un daño infinitamente más rápido, con una adicción inmensurablemente mayor y con una instalación diferencial en los sectores populares perturbando las dinámicas grupales de los jóvenes históricamente excluidos de la vías de integración social.

Sin embargo, desde un análisis cultural la pasta base representa un discurso individualista de auto-estimulación ante los procesos de hiper-modernización de la sociedad chilena. Los procesos de crecimiento desigual de las principales ciudades del país y la internacionalización simbólica de los referentes de construcción de las identidades juveniles de los 90, generan un clima en donde se pierden los grandes sentidos colectivos para los proyectos personales y en donde los no integrados socialmente se constituyen en la renovación comunicacional de un nuevo enemigo interno. Este conjunto de procesos culturales, sumados al crecimiento de las industrias farmacéuticas en la década de los ochenta, han generado las condiciones psicosociales para que tanto, los integrados al sistema por una hiperkinesia modernista, como los excluidos en busca de una integración compensada; consuman masivamente cocaína y sus derivados.

A partir de este conjunto de procesos sociales, económicos y culturales la pasta base se ha constituido en un objeto de producción discursiva en los medios de comunicación social, y un tema de conversación en la vida cotidiana.

Al analizar el discurso imperante sobre las drogas en Chile aparece con claridad un esfuerzo por dicotomizar caricaturescamente a los sujetos sociales, entre portadores de este nuevo mal y sujetos sanos, mezclándose en la comunicación social un discurso salubrista y moral al mismo tiempo.

En el discurso sobre la droga de los medios de comunicación nacional aparece el fantasma arquetípico del caos ligado al consumidor de pasta base, reconstruyéndose así, la vieja estructura de relato de la cultura social chilena en torno a la actualización del enemigo interno. Este sujeto portador de un síndrome epocal, queda corporeizado en el discurso oficial en la figura del joven que está al margen del desarrollo y la modernización.

Este nuevo sujeto: el angustiado, aparece como el paradigma de la peligrosidad cristalizada en la representación social de la droga. Aparece sin discurso y entrecruzado con lo inmoral y lo antisocial de nuestra cultura, apareciendo en la subjetividad social como víctima de una enfermedad y como protagonista de un flagelo.

La pasta base modifica la grupalidad y la historia de los sujetos juveniles, instaurando la privatización del consumo de drogas, marcando una diferencia radical con la dinámica juvenil del consumo de marihuana de la década de los ochenta que promovía un circuito de consumo auto-excluyente, reforzador de una grupalidad y un ritualismo ocioso entre los jóvenes populares. De este modo, la racionalidad instrumental de la década de los 90 ha tendido a producir un discurso competitivo que liga más fuertemente al consumidor con la delincuencia y la violencia urbana, ligando a los sectores pobres a un núcleo duro de entrelazamiento entre la droga y la desintegración del yo, reforzando de este modo, la producción discursiva sobre un nuevo sujeto joven.

Este nuevo sujeto aparece clínicamente como un enajenado por la disolución de sus referentes de construcción simbólica de algún proyecto de vida personal. Y psicológicamente, es un sujeto ligado a una experiencia de angustia y depresión, descrita por múltiples estados de evolución subjetivos en los estados de ánimo.<sup>7</sup>

De esta manera, el problema del consumo de pasta base responde a una compleja red de procesos comunicacionales, políticos y psicosociales que en última instancia comparten la representación común de los jóvenes como sujetos en déficit y portadores de la peligrosidad que ha producido la modernización. Los sujetos protagonistas de los problemas sociales de la modernidad representan a actores sin voz, estereotipados por el discurso excluyente de la opinión pública al ser definidos como beneficiarios de la política asistencial del modelo. El joven consumidor, de ser víctima se constituye en culpable y de ser beneficiario se transforma en incapaz, quedando anclado en un discurso que lo excluye de cualquier posibilidad de participar en el enfrentamiento del problema.

De este modo, la juventud de los 90 ve traspasada su subjetividad por los estereotipos de un discurso social adultocentrista,<sup>8</sup> el que fundado en un principio de exclusión se propone la captación de hasta las manifestaciones desarrolladas al margen del sistema por los jóvenes, invirtiéndolas en su sentido original, y reposicionándolas ante la sociedad como atentatorias a las instituciones básicas y a la moral dominante. El rock, las barras bravas, el pelo largo, todos componentes de una simbólica particular de lo juvenil se integran al mercado y a las pautas del consumo, y a través de un discurso doble-vinculante se venden y masifican al mismo tiempo que se estigmatiza a sus protagonistas por medio de un relato que promueve el bien y la normalidad.

La práctica juvenil aparece en los discursos sociales de nuestra década como cargada de transgresión a la norma y a lo que es verdaderamente bueno, se funda de este modo la exclusión de los jóvenes en una voluntad de verdad incuestionable: el que consume droga es el portador del mal epocal conocido como «flagelo». La droga pasa a corporeizar la representación social de lo peligroso, lo corrupto y lo inmoral de la Modernidad, pasando a transformarse los jóvenes, héroes protagonistas de las epopeyas de los ochenta, en los principales amenazadores del progreso y la estabilidad democrática.

La consolidación de una voluntad de verdad excluyente en torno a lo juvenil, sostenido en el argumento de la droga, ha tendido a solidificar una versión de los jóvenes como deficitarios, peligrosos, apáticos y sin futuro, centrando las intervenciones del Estado y las ONGS en el ámbito de la capacitación laboral descontextualizada, la prevención de conductas de riesgo a través de agentes poco legitimados y la promoción de una participación ciudadana fundada en una tradición electoral que la reduce al derecho a sufragio.

Para intentar una comprensión de las acciones de los grupos constituidos como problemas en el marco de los procesos sociales de la presente década, es necesario superar la figura del sujeto en déficit. La comprensión de los grupos sociales como población en riesgo, además de reproducir la imagen estereotipada del problema, hace de los grupos objeto de políticas de rehabilitación y sanción, logrando situar la responsabilidad de estas acciones en instituciones especializadas que tienden a mantener la estigmatización

---

7 El consumo de pasta base es una experiencia ligada a una serie de simbolismos que complejizan su comprensión, por lo que demanda un conocimiento distinto al planteamiento tradicional hacia el tema de las drogas. Al respecto ver Gaínza, Pérez y Sepúlveda (1996).

8 Se plantea el problema de un sistema económico y cultural ligado al poder y al *status quo*, el cual queda referido en el trabajo de Duarte (1994).

social.

Los indicadores que convierten a los grupos excluidos en población en riesgo no constituyen siempre la verificación de un problema psicosocial, sino más bien, indican las dificultades socioculturales de una sociedad adulta para construir referencias simbólicas comunes para todas las generaciones.

De este modo, el malestar de la cultura: el consumo de pasta base, la sexualidad alterada, la delincuencia, o la violencia urbana, son un problema en cuanto obstaculizan el diálogo, la organización de la convivencia social y la construcción de espacios comunes en los que se reconozcan todas las identidades de nuestra época.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANTAKI y IÑIGUEZ. (1994) «El análisis de discurso en la psicología social». *Boletín de Psicología*, N°44, pp. 57-75. Valencia.
- BENGOA, J. (1995) «La pobreza de los modernos». *Temas Sociales* N°3. Ediciones SUR, Santiago.
- BERGER, P. y T. LUCKMANN. (1968) *La construcción social de la realidad*. Editorial Amorrortu, Buenos Aires.
- CONTRERAS, CORRALES y SANDOVAL. (1996) «Representación social de la pobreza y los pobres en jóvenes de Valparaíso». *Proposiciones* N°27, pp. 91-105. Ediciones SUR, Santiago.
- DUARTE, K. (1994) *Los jóvenes populares. El rollo de ser lo que queremos o ser lo que nos imponen*. Colectivo Newence, Santiago.
- FOUCAULT, M. (1964) *La historia de lo locura en la época clásica*. Fondo de Cultura Económica, México.
- (1970) *El orden del discurso*. Tusquets, Barcelona.
- (1978) *Vigilar y castigar. Siglo XXI*, México.
- GAÍNZA, PÉREZ y SEPÚLVEDA. (1996) «El silencio de los angustiados». *Proposiciones* N°27. Ediciones SUR, Santiago.
- HOPENHAYN, M. (1994) *Ni apocalípticos, ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*. Fondo de Cultura Económica, Santiago.
- MEAD, G. H. (1962) *Espíritu, persona y sociedad*. Paidós.
- MONTERO, M. (1994) *Construcción y crítica de la psicología social*. Anthropos, Barcelona.
- MOSCOVICI, S. (1984) *Psicología social I y II*. Paidós, Barcelona.
- SCHUTZ, A. (1974) *El problema de la realidad social*. Amorrortu, Buenos Aires.